

ROBERTO J. PAYRO
EL MAR DULCE

XI
LOS ADIOSES

Desde que zarpó, perdiendo de vista la mole del Alcázar donde se cobijaba la Contratación, desde que sintió bajo su planta el suave balance del navío, Juan Díaz de Solís apareció transformado. Brillaba en sus ojos el mismo fuego, pero atenuado por una gran serenidad. Ya estuviera de pie en el puente, vigilando más que mandando la maniobra, ya recorriera a paso lento la cubierta, ya visitara los mil recovecos de la nave, cuidando de que todo estuviese en orden, ya se sentara en la toldilla para reposar un momento, su aire de tranquila seguridad inspiraba respeto y confianza a la tripulación, que nunca le había visto así antes de la partida, mientras estuvo en lucha con dificultades ocasionales y suscitadas por la malevolencia. La misma vaga sonrisa que plegaba sus labios afirmaba su autoridad. Ya era el amo, independiente de toda influencia, dueño y señor de su barco y de su gente, como lo era de las dos naos que seguían su estela, guiadas por Francisco Torres y por Rodrigo Alvarez de Cartaya. Levadas las anclas, puesta en franquía la escuadrilla, nadie podía detenerlo, y antes de surgir frente a Sanlúcar, había estado a punto de

pasar de largo, para evitar hasta la más remota posibilidad de nuevos entorpecimientos. Dos motivos de distinto orden se lo impidieron : allí debía tomar a su bordo, como capellán, a un fraile dominico que había estado en Indias con fray Bartolomé de las Casas, y allí también podía esperarle una carta de don Fernando, a quien había escrito despidiéndose, y que quizá se dignara enviarle una palabra de adiós. Y aún haría otra escala, determinada más por el sentimiento que por la necesidad, antes de alejarse de las costas españolas : doña Ana y sus dos hijitos le aguardaban en Lepe, para darle el abrazo de despedida.

Pero nada de esto inquietaba ya al marino, enteramente dueño de sus acciones desde que perdió el contacto con "*esos señores de Sevilla*". Ni le inquietaba cosa alguna, fuera de sus navíos. De allí en adelante iba a ser el capitán impávido y silencioso que guarda toda su autoridad celosamente en razón de la responsabilidad con que ha cargado. Pero todo marchaba sin tropiezo. Las naos iban bien pertrechadas, y en cambio de la carabela zozobrada que, al fin y al cabo, no era más que "*un montón de leña*", un viejo barco poco velero y apenas apto para navegar, había conseguido otra, si no nueva, sólida y manejable. Llevaba sesenta hombres avezados como tripulantes de los tres navíos, provisiones de boca para más de dos años, armas suficientes y alguna

artillería. Con esto, un hombre como él podría ir lejos y hacer mucho ; pero su satisfacción, por lo tanto bien fundada, no adormecía su vigilancia previsor.

Podía estar tranquilo, sin embargo. Aun en el caso de que sus presuntos fiscales, el contador Alarcón y el factor Marquina (**Nota** : 24 de noviembre de 1514 + 6 de agosto de 1515 ; TORIBIO MEDINA, pp. CCXXXII- + 133- + 142-143) fueran enemigos suyos, en vez de amigos, no hubiese tenido que temer de ellos el menor avance sobre su autoridad ; los dos desdichados funcionarios, apenas iniciado el dulce movimiento de mecedora de la Portuguesa en el Guadalquivir, sintieron que el mundo giraba alrededor de sus cabezas y que el cuerpo quería volvérsese del revés, echando fuera lo que hasta entonces había estado dentro ; y si se mareaban flotando en aguas mansas como las de un lago, ¿ qué no sería, vive Dios, cuando se vieran zarandeados en alta mar ? ... Solís los compadecía, sin dejar por eso de sonreírse, porque el mareo, involuntaria y chusca borrachera, ha inspirado siempre riras y lástimas al propio tiempo.

La noche había pasado sin que cesara el ir y venir de las pequeñas embarcaciones de la costa a los navíos, y en cuanto amaneció y los primeros rayos solares comenzaron a disolver la ligera niebla que flotaba sobre el río y la costa

pantanosas, pudo abarcarse en su conjunto lo que las sombras ocultaban hasta entonces.



A la derecha, una sierra de líneas caprichosas, de la que surge como un árbol la torre de Lebríja y a cuyo pie se extienden las marismas con sus montañitas de sal de un blanco ceniciento, y allá enfrente, a poco menos de una legua, alzándose sobre el terreno llano con arenales y algunas quebradas, las casas grises y blancas de Sanlúcar, rodeadas de huertos verdequeantes. Dominaban la parte alta, la más antigua, un pardo castillo cuadrangular del pasado siglo, con doble recinto, barbacana, pesados torreones en las esquinas y cubos cilíndricos en cada lienzo de muralla, y la iglesia, cien años más vieja, de Nuestra Señora de la O. En la parte baja y llana aparecía el convento de San Francisco y, algo más próximo a la playa el de Santo Domingo, del que, probablemente a esa hora, aprestábase a salir fray Buenaventura, capellán de la escuadrilla.

En la playa hormigueaban ya los vagabundos, infatigables para todo menos para el trabajo, a la husma de diversión o granjería, si no de ambas

cosas a la vez, y poco a poco iban agregándoseles algunos mejor puestos, pero que bien podían ser otros que tales, pues poco diferían de los aventureros de baja ralea, pintados por un gran escritor casi contemporáneo, con sus largos bigotes, sombreros de grande falda, cuello a la valona *, espadas de más de marca y broqueles pendientes de la pretina ... Entre esta muchedumbre asomó por fin un frailecillo, pequeño de estatura, pálido y enjuto de rostro, vistiendo el hábito blanco y la capilla negra del orden de Santo Domingo, rasuradas las mejillas y el cráneo que un estrecho cerquillo ceñía como una cinta. Solís le vió llegar desde el puente y envió en su busca a Rodrigo con el chinchorro. Pocos minutos después se embarcaba el fraile, acogido respetuosa y afectuosamente a bordo por el capitán que se había adelantado a recibirle.

- *Sólo por vos aguardaba, fray Buenaventura, pues ya nada tenemos que hacer aquí.*
- *He hecho diligencia, sin embargo –* dijo el fraile, sonriendo de un modo particular : sonriendo con los ojos, mientras el resto de la cara se mantenía impasible.
- *No era queja, que harto me complace vuestra llegada –* replicó Solís –. *Lo dije sólo porque esperaba encontrar aquí ...*
- *Algo que encontraréis en Lepe –* interrumpió fray Buenaventura –. *Al padre prior llegaronle ayer noticias de ello ; ya sabéis que tiene ojos*

y oídos en la Corte. Albricias. Me debéis albricias, capitán.

- *De mil amores. Buscad vuestro acomodo, padre ; Rodrigo os guiará. Entretanto, voy a prepararme para aparejar, porque la marea crece y ha de aprovecharse para pasar la barra. ¿ Traéis mucho equipaje ?*

El frailecito, que era locuaz, apresuróse a decir:

- *La que llevo encima, y como repuesto alguna ropa, una túnica de algodón y dos pares de sandalias, las cosas de botica que me dijísteis, puesto que he de hacer de físico y, ¡naturalmente ! el aderezo para decir misa, que ha costado no menos de veinticinco mil maravedís. Desgraciadamente, nuestro santo padre el Papa nos tiene prohibido que digamos misa a bordo, por lo de que podría verterse la divina sangre del Salvador, pero no faltará tierra donde desembarquemos y se pueda celebrar el santo sacrificio, para consuelo de cristianos y enseñanza de infieles.*
- *Así será, padre, como decís – contestó el marino, y dirigiendo los ojos hacia una pequeña ermita que, sobre la costa, dominaba el surgidero, agregó –: Espero en Nuestra Señora de Bonanza que salvaremos el mal paso de la barra sin dificultad.*
- *Ella irá con nosotros – dijo el fraile.*

Subió al puente el capitán ; hiciéronse las señales de práctica a las otras dos naos, leváronse anclas y la escuadrilla, al son de la corriente, fué arrumbando con lentitud hacia la peligrosa barra, restinga de roca por uno de cuyos resquicios, en marea baja, se echa al mar el Guadalquivir, y por la que, en pleamar, el océano detiene y empuja al río. Salvado el paso sin accidente, la escuadrilla navegó con viento favorable hacia su última escala en tierra europea.

Caía ya el sol cuando se fondeó en la boca del río Piedras. Por cierto que en la playa no faltaban curiosos, informados ya de la proximidad de las naos. Allí estaban también los notables de la villa, acompañando a doña Ana de Torres y a sus dos hijitos, Diego y Luisillo. Solís, al divisarlos desde el puente, sintió ligera congoja mientras que la vista se le nublaba un instante. Cosa extraña, enternecimiento inusitado que atribuyó a la fatiga de tanta lucha enfadosa y enervante ...

Muchos de los marineros y algunos oficiales tenían, como Solís y Francisco de Torres, sus familias en Lepe, y confiaban en que el capitán les daría licencia para desembarcar y decirles adiós. La obtuvieron sin pedirla, pero el primero en poner pie en tierra fué Solís, que estrechó en un solo abrazo a su mujer y a sus hijos, dejando de lado toda reserva, sin ocuparse de los curiosos que lo rodeaban.

- *En casa os aguardan nuevas, que pido a Dios que sean buenas – dijole doña Ana. – No quise traer un pliego llegado esta mañana, considerando que preferiréis leerlo a solas.*
- *Así es – contestó el marino –. Sobre todo si las nuevas fueran malas, que no han de serlo, según mis noticias.*

Francisco de Torres se había reunido con ellos y juntos se encaminaron a la villa, seguidos por sus amigos y vecinos. Una hora después hallábanse a solas cómodamente instalados en la vasta cocina, que en aquellos tiempos era también sala de confianza y donde rara vez se guisaba, utilizándose para este la cocina de los criados. Abrió Solís el pliego, que era de don Fernando, pero aunque no esperaba nada desagradable no pudo, al reprimir una exclamación de alegría : el Rey se manifestaba muy satisfecho de su diligencia y, como galardón, dispensábalo del pago de los dineros que la Casa de Sevilla le había adelantado para su abastecimiento. (**Nota** : 2 de octubre de 1515 ; TORIBIO MEDINA, p. 169)

- *¿ Qué piensas de esto, Paco ? – preguntó regocijadamente, después de informar a Torres. – ¡ De ver será, la cara de vinagre de los de Sevilla ! – y esta fué la última alusión a sus enemigos que hizo por entonces el piloto.*
- *¡ Y la cara de Vasconcelos ! – exclamó Torres–. Le dará más dentera que comer membrillo acedo.*

Solís, que había continuado leyendo, agregó con regocijo :

- *! Pues aún faltaba lo mejor !*
- *¿ Qué es ello, di ?* – preguntó su mujer, que en la intimidad olvidaba el tratamiento.

Su Alteza decía que doña Ana de Torres, esposa de Solís, los hijos de éste, su casa y sus mismos hermanos serían favorecidos por orden suya, mientras durara la ausencia del piloto mayor, y al propio tiempo, que, obedeciendo a su real voluntad, en todas los monasterios de Sevilla se rogaría al Altísimo por el buen éxito de la jornada y por la salud y la felicidad de quien la capitaneaba.

- *¡ Y todavía dirán las malas lenguas que don Fernando es cicatero !* – exclamó Torres.
- *No digo que no lo sea* – replicó Solís, de muy buen humor -. *Lo será, lo es con quien no merece otra cosa ; lo será, lo es con su propia persona, porque le importa sobre todas las cosas que no se malgasten los dineros del tesoro real ...*
- *Cuando no se trata de la nueva Reina ...* – murmuró doña Ana – *Para ella no hay cortapisas ...*
- *¡ No digas más, mujer ! Cuando el amor tienta al viejo, éste deja la bolsa y el pellejo ... Pero no hay que entrometerse en cosas de grandes ... Lo que importa es el interés que en nuestro viaje pone y demuestra Su Alteza, el único quizá que a estas horas comprende o adivina,*

para el presente y el futuro, la grandeza de lo que intentamos hacer. No nos recompensaría de antemano si así no fuera ...

- *Dices bien – contestó doña Ana –. Gracias al Rey no nos falta nada, ni nos faltará durante tu ausencia, que plegue a Dios ...*
- *¡ Deja las plegarias, que suenan a agüero, mujer ! – exclamó Solís –. Reza, pero agradeciendo con fe y con esperanza ... Antes de un año estaremos de vuelta, y ¡ vive Dios ! después de una hazaña que será sonada ...*
- *¡ Permítalo el cielo ! – exclamó doña Ana suspirando, con la angustia de la mujer amante que teme siempre lo peor.*
- *¡ Vamos ! Viajes más difíciles y peligrosos hemos hecho, hermana – dijo Torres.*
- *Y aquí nos tienes, tan guapos y campantes – terminó Solís riendo –. Fuera pena y danos un vaso, que hemos de beber a la partida, pensando en la vuelta.*
- *Sí, bebamos – asintió Francisco de Torres.*

Escanció doña Ana del más rancio que en la casa había, y ambos cuñados bebieron mientras Solís explicaba sus planes para la partida.

- *Mañana, en cuanto asome el sol, ha de decirse en Santo Domingo una misa solemne para pedir a Dios buenos vientos y mejor fortuna. He elegido la de Santo Domingo porque nuestro capellán fray Buenaventura es de ese orden y le sabrá muy bien la*

preferencia, muy particularmente sobre los franciscanos ... aunque Dios esté en todas partes, como él dice ... Así nos despediremos santamente, doña Ana, y tendrás paciencia para aguardar la hora de vernos reunidos otra vez ... quizá, para no separarnos ya, pues he de verte gobernadora de las tierras que vamos a descubrir ...

- *¡ Ay ! ¡ gobernadora yo ! Poco ambiciosa soy, marido, y preferiría mil veces ... Pero ¡ ya se ve !, tú no te contentas con nada. Eras piloto mayor, podías vivir dichoso en tu casita, con mando y honores ; tienes dos hijos como dos angelillos, hacienda más que mediana ; me tienes a mí, que me desvivo por servirte ... pues ¡ no, señor ! nada de eso era bastante, nada te satisface y necesitas más, y por ese más inútil, te juegas la vida y con tu vida mi dicha y mi reposo ...*
- *Cada cual nace con su estrella, y yo nací para realizar grandes cosas – dijo Solís –. Nada hice todavía si se compara con lo que hoy emprendo ... Está escrito allá arriba. No es ambición : es mi destino.*

Calló doña Ana enjugándose disimuladamente los ojos, y la plática tomó otros rumbos ...

... Poco antes de amanecer la gente de la villa se apeñuscaba en la vieja iglesia de Santo Domingo, cuyo altar mayor resplandecía de luces, destacándose en la nave todavía envuelta en

sombras. Allí estaban ya sus oficiales, la tripulación de las tres carabelas, muchos notables, y los fieles seguían llegando, de modo que al comenzar el oficio divino, en la iglesia estaba el pueblo entero ; en primera fila doña Ana entre su esposo y su hermano ; a ambos lados, con el alcalde de la villa y demás autoridades, el contador Pedro de Alarcón y el factor Francisco Marquina, sanos desde que pusieron el pie en tierra ; tras ellos los pilotos, el maestre Diego García de Moguer, el alférez Melchor Ramírez (**Nota** : TORIBIO MEDINA, p. CCXCI), el despensero Martín García y en grupos que obedecían a sus aficiones, pero todos con igual recogimiento, el mal encarado Rodrigo, Paquillo orgulloso con su traje de marinero, aunque cupiesen en él dos de su porte, Montes, el portugués, enganchado como gaviero y futuro lengua, y otros de quienes la historia sólo ha conservado el nombre : Jorge Gómez y Arbolancha (**Nota** : TORIBIO MEDINA, p. CCXCII), Alejo Ledesma, Diego de Córdoba, dos camaradas inseparables, pero que siempre andaban a la greña, llamados Pedro Núñez y Santiago Corzuelo, y la totalidad de los sesenta miembros de la expedición, quitados los pocos que habían debido quedar de guardia en los navíos ... El pueblo madrugador y creyente, rodeaba a las familias de los marinos que la tenían en las inmediaciones o en la misma villa, como el piloto Juan de Lisboa, de Lepe, y el piloto Rodrigo

Alvarez, de Cartaya.

Ofició fray Buenaventura, y terminada la misa dió la bendición a los fieles arrodillados, que inclinaron la frente casi hasta tocar el suelo.

Salieron todos procesionalmente del templo, dirigiéndose al desembarcadero, que estaba a poco más de una legua de allí, y aunque no faltaron mujeres que lloraron ni aguafiestas que hiciesen siniestros vaticinios, aquello tuvo más de romería regocijada que de dolorosa despedida. El sol había salido e inundaba las colinas y ribazos, cubiertos de higueras, naranjos, almendros y viñas cuyos pámpanos doraba ya el otoño.

Rodrigo Rodríguez, Montes y Paquillo, que en amena charla se habían adelantado al cortejo, detuviéronse a aguardarlo ya cerca de la costa. A dos pasos de ellos una gitana vieja, en cuclillas, observábalos de reojo y miraba avanzar la procesión.

Brillábanle las pupilas como cuentas de azabache y sus labios delgados y descoloridos mascullaban rezongos en su bárbara lengua. No hicieron caso de ello hasta que, al pasar Solís con Torres y doña Ana, la vieja refunfuñó, más alto :

- *Ojola na limbidia ...*
- *¿ Qué dice esa bruja ?* – preguntó Rodrigo.

La gitana le lanzó una mirada como una saeta y siguió en su rezo o rezongo.

- *Dice "ese no güerve"* – explicó Paquillo, que en Cádiz habla aprendido algo de la jerga

gitana, merced a sus altas relaciones.

- *Y ¿ por quién lo dices, estantigua ?* – inquirió Rodríguez, al mismo tiempo alarmado y curioso – . *¿ Por el de las barbas o por el que va a su lado ?*

La vieja no dejó de musitar ni se dignó contestarle esta vez tampoco, pero mientras pasaban frente a ella Martín García (**Nota :** TORIBIO MEDINA, p. CCIXII) y Rodrigo Alvarez repitió sus palabras sibilinas :

- *Ojola na limbidia.*
- *Ha vuelto a decir "ese no güerve"* – explicó Paquillo.
- *Ni tú* – sopló la gitana, encarándose con Paquillo y poniéndose difícilmente de pie.
- *No volverá ... pero ¿ quién ? Son cuatro ; el general y su cuñado, el piloto y el despensero ... ¿Cuál de ellos dices que no volverá ?*

La vieja se alejaba ya, renqueando, como doblada en dos, y diciendo con voz de carraca :

- *¡ Perele yaque dor charo y a cangue marele !*
- *La muy bellaca pide que nos parta un rayo del cielo, y a mí me ha dicho que no volveré* – exclamó Paquillo, muerto de risa.
- *Maldición de loca vieja, por do sale, por allí entra* – dijo Montes filosóficamente – . *Hay que dejarla, que otros la emplumarán.*
- *Pues andando* – agregó Rodrigo – . *Pero, a decir verdad* – continuó éste mientras se acercaban a los demás –, *diera un ochavo por*

saber a quién o a quiénes señalaba la maldecida bruja ... Esas tales suelen acertar en las cosas malas, por arte del diablo, si nunca aciertan en lo bueno, porque Dios no les da licencia.

- *¡ Bah ! – exclamó Paquillo con toda la alegre confianza que dan los pocos años –. No volver no quiere decir morirse ...*
- *Hablas de perlas – dijo Montes –. Y más si se piensa que do vamos puede uno encontrarse tan ricamente.*
- *Muchos hay que no han vuelto ni volverán de la Española, de Cuba y de otras ínsulas donde son grandes señores o poco menos ... Si así fuere no habría mal, antes muchísimo bien en ello - asintió Rodrigo Rodríguez.*

El cortejo había llegado a la marina y la animación creció, pero ya no tan regocijada como antes ; era la despedida, y hubo abrazos, exclamaciones, lágrimas, bendiciones, ternos, con toda la calurosa y desbordante expansión andaluza.

- *Nada tengo que decirte, hija – exclamó Solís – Que Dios te guarde y guarde a los niños ... Ya me verás volver y te parecerá que el viaje ha durado lo que un relámpago ... ¡ Ea ! Nada de lágrimas y venga un abrazo ...*

Doña Ana lo estrechó frenética contra su pecho y los sollozos le cortaron la palabra. Sólo acertó a empujar a los niños contra Solís, y todos

cuatro formaron por un instante apretadísimo grupo.

La brisa era fresca y arrojó un poco de arenilla a los ojos del marino, que restregándose para quitarla entró de un salto en el batel.

Cobráronse las anclas en un momento y las naos comenzaron a apartarse del fondeadero deslizándose apenas ... Un soplo más fuerte aceleró su marcha, viraron una tras otra, y antes de que nadie se hubiera alejado de la marina ya iban mar afuera, rumbo sudoeste, seguidas por los ojos y el pensamiento de cuantos quedaban en la costa.

Notas de Gerardo Paguro, traductor al francés.

TORIBIO MEDINA, José ; ***Juan Díaz de Solís. Estudio histórico*** ; Santiago de Chile, impreso en casa del autor ; 1897, CCCLII + 252 p. (segundo libro : documentos y bibliografía)

<http://booksnow1.scholarsportal.info/ebooks/oca9/32/juandazdesol100medi/juandazdesol100medi.pdf>

Vista de Sanlúcar en 1567, dibujada por Antonio de las Viñas

<http://www.antonio.ipastora.com/Linea%20de%20Tiempo/1567/Sanlucar-panoramica-1567.jpg>

Cuello a la valona :

http://lua-media.tienda-online.com/cuello-a-la-valona-con-randas_p64799.htm



Cuello a la valona con randas